

Trabajo de Final de Grado

Nuevas Masculinidades

Una mirada transformadora de género

Autor: Iván Donoso Mateu

Tutora: Sonia Reverter Bañón

Fecha de lectura: Septiembre 2015



**UNIVERSITAT
JAUME·I**

Agradecimientos

Una vez realizada de manera congruente la temática y elaboración del respectivo trabajo de final de grado, daré paso a agradecer adecuadamente a todas aquellas personas que han colaborado, siempre de manera altruista, a que este proyecto consiguiera salir adelante.

Antes que nada, me siento con la más sincera necesidad de agradecer en primera instancia a la tutora del siguiente trabajo, Sonia Reverter, por varios motivos. En primer lugar, he de decir que me resultaron muy útiles los conocimientos adquiridos en materia de género en su asignatura Filosofía de Género. Estos me ayudaron a familiarizarme con la historia, los autores y las problemáticas que a continuación, se suscitarían a lo largo del siguiente estudio. También he de resaltar tanto la atención como las correcciones que, bajo su supervisión, me han ayudado a poder clarificar y estructurar de una manera más concluida la respectiva elaboración de ideas.

Por otro lado, he de dar las gracias a todos aquellos compañeros quienes, más que compañeros, han actuado como confidentes y me han servido para entregarme, todavía más si cabe, en mi propuesta sobre las nuevas masculinidades como trabajo de fin de grado.

A su vez, debo enviar un agradecimiento a todos aquellos que han sido participes de manera distintiva en la realización del respectivo trabajo, ya sea sugiriéndome libros, o informándome de artículos y noticias vinculadas con la temática del trabajo.

Todos y cada uno de los que han compartido sus aportaciones con el fin de que este trabajo pudiese salir adelante, se merecen todas mis felicitaciones y agradecimientos. Sin ellos, no hubiera tenido tan clara la manera de enfocar el contenido del siguiente trabajo.

Resumen

A través de este trabajo de final de grado se pretende deconstruir la concepción de género asociada al patriarcado. Para ello se intentará cuestionar, de manera detallada, el modelo actual de masculinidad hegemónica como fuente eminente de discriminación. Entre los objetivos de este estudio se quiere conocer cómo y de qué manera este modelo de masculinidad ejerce una diferenciación desigualitaria en función del sexo, a la vez que genera una presión segmentada hacia el propio colectivo masculino. Como respuesta a esto surgirán las llamadas Nuevas Masculinidades que pretenderán romper con el modelo de masculinidad vigente con el fin de consolidar nuevas formas de hombres más diversas, alejadas del modelo patriarcal. Sólo así se conseguirá superar los convencionalismos supeditados al género.

Palabras clave: Feminidad, grupos de hombres, heteronormatividad, hombría, masculinidad hegemónica, nuevas masculinidades.

Abstract

This final dissertation intends to refine the gender conception related to patriarchy. Carrying out a comprehensive study, I will question the current model of hegemonic masculinity as a source of discrimination. The main aim of this dissertation will consist of knowing how this masculinity model causes an unequal differentiation according to the gender, at the same time that creates a segmented pressure towards the masculine collective. As a result, the called New Masculinities will come up and they will try to break the current masculinity model so as to establish new ways of masculinity which will be more diverse and lead us far from the patriarchal model. This will be the only way to grapple with conventionalisms subservient to gender.

Key words: Femininity, men's groups, heteronormativity, manhood, hegemonic masculinity, new masculinities.

ÍNDICE

Introducción.....	11
CAPÍTULO I – La masculinidad y su construcción de género.....	15
1.1 ¿Qué se entiende por Masculinidad?	15
1.2 Origen de las nuevas masculinidades como movimiento social y su relación con el feminismo.....	18
1.3 Distinciones atribuidas al género.....	23
CAPÍTULO II- Problemáticas de la masculinidad en mujeres y hombres	29
2.1 Valor de lo masculino	29
2.2 Masculinidad hegemónica	33
2.3 La hombría comprendida desde el poder y la violencia	36
2.4 Problemáticas de género en los hombres	40
CAPÍTULO III- Hacia una mirada transformadora de género	45
3.1 Transformando las masculinidades: Grupos de hombres nuevos.....	45
Conclusión.....	53
Referencias bibliográficas	55

Introduction

After many centuries trying to institute a formal equality between both genders; we place in the last decades, when the perspective of people in terms of gender has changed. These changes will be analyzed from a feminist point of view; but we'll also see some factors that concern men's masculinity and how they restrict their own identity.

Throughout this work we will try to address the existence of many gender behaviors, still linked to patriarchy in western society. The structure of this work is related to an analysis of gender's constructions, that give way to the problems in the social archetype of masculinity.

Nowadays this reality it's interpreted like a normal thing, but some feminist fights, whose aim it's to get a totally equal society, will emerge to remove any kind of gender stereotype; The "New Men". We will find out how these new models of men will constitute a critique of the hegemonic masculinity, as it is understood today.

Authors like Simone de Beauvoir (1949) or Kate Millet (1969) used to refer to this traditional masculinity as the incentive in a so patriarchal society that place women in a subordinate position regarding to men. As a result, Luis Bonino, who specializes in studies of gender; will promote the idea that this model of masculinity need to be questioned by men. This is the only way to get freedom and equality.

Finally, we'll name a lot of measurements that will make us see that the opinions we have about gender are just a social construction, so they're absolutely adaptable. In this way, "New Men" will fight to renovate this traditional masculinity, displaying new ways of being a man, legitimate and accepted as well.

Introducción

Tras duros y largos siglos de lucha por implantar una verdadera igualdad entre los sexos, es en las últimas décadas cuando se comienza a notar un mayor cambio en la mirada de las gentes en lo que a cuestiones de género se refiere. Estos cambios no sólo serán analizados desde una perspectiva feminista, sino que veremos cómo también surgen factores de género que afectan a la masculinidad del hombre y que, acaban limitando su propia identidad.

A lo largo del trabajo se tratará de abordar la problemática que supone que existan, en este caso en occidente, ciertas conductas de género todavía vinculadas al patriarcado. Por ello, su estructura responderá en primer lugar a un análisis de la construcción del género para poder dar paso, posteriormente, a las problemáticas que genera el ideal de masculinidad para la sociedad.

Ante esta realidad social que hoy en día se nos presenta como algo aparentemente estable, surgirán de la mano de las luchas feministas los llamados “nuevos hombres”, quienes lucharán por alcanzar una sociedad íntegramente igualitaria en la que se prescinda de cualquier estereotipo construido sobre el género. Veremos cómo estos nuevos modelos de hombres harán una crítica a lo que se entiende hoy en día por “masculinidad hegemónica”.

Autoras como Simone de Beauvoir (1949) o Kate Millet (1969) ya se referían a esta masculinidad tradicional como el aliciente de una sociedad duramente patriarcal que se encarga de situar a las mujeres en una situación estructural de subordinación respecto de los hombres. Como resolución a esta problemática, Luis Bonino, especialista en estudios de género, propulsará la idea de que también el hombre debe ser quien tome conciencia y cuestione este modelo de masculinidad que tanto va en detrimento de lo que entendemos por libertad e igualdad.

Por último, se nombrarán toda una serie de medidas que harán ver cómo los juicios que se le hacen al género no son más que constructos culturales y que, por tanto, pueden ser modificables. De este modo, los llamados “nuevos hombres” lucharán por transformar esta masculinidad tradicional hacia nuevas maneras de ser hombre, aceptadas y legitimadas de igual forma.

El objetivo principal de este trabajo final de grado devendrá en la búsqueda por la erradicación de una masculinidad hegemónica tradicional fundamentada ya desde el más puro y arcaico patriarcado. Dicho objetivo vendrá motivado por diversas propuestas que serán planteadas desde las Nuevas Masculinidades y que pretenderán instaurar en las sociedades modernas actuales una mirada transformadora de género en lo referido a la concepción de la masculinidad. Por ello, aparecerán toda una serie de objetivos secundarios entre los que podemos destacar los siguientes:

El primer objetivo secundario planteado en el trabajo se basará en cuestionar todo tipo de convencionalismos contruidos en base al género masculino. Por ello, se llevará a cabo un estudio detallado sobre el rol adoptado por la masculinidad dominante, a la vez que se tratará de descifrar cómo los colectivos sociales, motivados por alcanzar la liberación, han dado lugar a la consolidación de nuevas masculinidades.

El segundo objetivo será tratar de concienciar a toda la sociedad de los problemas que conviven junto a este modelo de masculinidad convencional. Aquí se tratará de clarificar, en primera instancia, las condiciones de desigualdad que dicha masculinidad genera en lo referido al género femenino, el cual convive en una situación de disparidad y dominio ante el varón. Aquí además, también se tratará de estudiar las problemáticas que dicha masculinidad ha ocasionado también en los propios hombres, convirtiéndose a su vez en víctimas de las presiones de género sustentadas por el patriarcado.

El último objetivo que vamos a destacar constará de clarificar el surgimiento de nuevas formas de ser hombre como solución ante el problema de la homofobia, el machismo y toda cuestión que, por razones de género, acaba derivando en una situación de desigualdad. Además, se intentará hacer un llamamiento a todos los hombres que, conscientes de esto, no son capaces de adoptar un espíritu crítico y enfrentarse al cambio hacia una masculinidad más flexible y tolerante.

Por lo que respecta a las referencias, en el actual trabajo se puede observar cómo y de qué manera se ha contado con todo tipo de fuentes que tratarán de dar cabida al contenido del siguiente trabajo de final de grado.

En el siguiente estudio sobre las “Nuevas Masculinidades” queda bien visible cómo las referencias bibliográficas giran en torno a varios autores, reconocidos como pioneros y referentes en este campo de estudio. Entre ellos podemos encontrar al psicoterapeuta y

escritor especializado en el estudio de los hombres, como es Luis Bonino, quien plantea una serie de alternativas que tratarán de lidiar con todos aquellos roles de género todavía vigentes hoy en día. A su vez, también nos mostrará los factores de género que, de manera encubierta, indican en las problemáticas que día a día afectan a numerosos hombres.

Entre todos aquellos autores concienciados con los planteamientos que suscitan las propuestas de las “Nuevas Masculinidades” podemos encontrar a escritores mencionados asiduamente en el trabajo como son Carlos Lomas o Àngels Carabí, o al también médico y, a su vez delegado del Gobierno para la violencia de género, Miguel Lorente.

Por último, en el trabajo de investigación se ha hablado de los actuales procesos de cambio sucedidos en materia de género, pero no sin antes haber hecho mención a ciertas autoras quienes, ya en su momento, hicieron referencia a todas estas cuestiones. Kate Millet, Simone de Beauvoir o Lynne Segal no quedaron al margen de aquellas cuestiones que atienden a los hombres, y así quedará recogido en el siguiente trabajo de investigación.

El contenido del siguiente trabajo de final de grado ha sido estructurado en tres capítulos que, a su vez, están clasificados en diversos apartados con la intención de clarificar de una manera más organizada las ideas expuestas en cada contexto. Esta clasificación por capítulos se debe principalmente a razones de contenido, permitiendo así hacer una distinción del trabajo por pautas temáticas, aunque esta división también responde a motivos estéticos y de comprensión.

Conforme a esta estratificación temática se puede ver cómo el trabajo incide en mantener un hilo conductor que aparece representado mediante capítulos. En una primera sección se dará a conocer en primera instancia los pilares que conforman la construcción de la masculinidad como asunto a estudiar. Aquí se hablará sobre las cuestiones de género que responden al concepto de “masculinidad” en la sociedad moderna actual. Seguidamente se llevará a cabo un estudio gradual sobre el surgimiento de las “Nuevas Masculinidades” que vendrán de la mano de los movimientos feministas.

Una vez adentrados en todo aquello que representa la masculinidad tradicional en lo referido a su construcción de género, se pasará a abordar en el segundo capítulo las problemáticas que de esta masculinidad hegemónica se derivan tanto en las mujeres como en los hombres. Planteamientos como la distintividad desigual sometida a la mujer, el argumento de la heteronormatividad y las presiones de hombría, a las cuales están sometidos los hombres, serán los aspectos que comprenderán el estudio del siguiente capítulo.

En el último capítulo y, de acuerdo a los conocimientos expresados anteriormente sobre las desigualdades y opresiones que genera la masculinidad vinculada al patriarcado, se dedicará el siguiente apartado para diversas cuestiones. Por un lado, se hará mención del surgimiento de colectivos de hombres, quienes proponen una mirada transformadora de género. Además, en el siguiente apartado se pretenderá también concienciar, sobre todo al sector masculino, de la necesidad de cambio ante los impedimentos y dificultades que para ambos sexos supone el actual modelo de masculinidad convencional.

CAPÍTULO I – La masculinidad y su construcción de género

1.1 ¿Qué se entiende por Masculinidad?

El significado que en si conlleva la masculinidad ya en la sociedad moderna abarcará todo tipo de incógnitas con respecto a la concepción del propio género. Varios autores, como es el caso de Lynne Segal (1990), han interpretado en numerosas ocasiones la definición de masculinidad como “aquello que no es”.

De acuerdo a esto, Àngels Carabí hará referencia a la teoría de la masculinidad en contraste con la feminidad y añadirá: «La masculinidad no es femenina, no es étnica, no es homosexual porque de tener estos atributos, estaría asociada a categorías, según la ética patriarcal, de inferioridad. Y, por este motivo, ha optado por configurar sociedades sexistas, racistas y homofóbicas» (Carabi, 2000: 20). Como se puede apreciar, la masculinidad se presentará como la respuesta a toda una serie de invenciones socioculturales construidas bajo un orden patriarcal que pretende afianzar una mirada de género unidireccional.

El tipo de masculinidad que entendemos hoy en día y que se presenta como hegemónica en toda su esfera social, reconoce ya sus orígenes en el patriarcado y sostiene las bases de su fundamentación en la opresión, no sólo de la mujer, sino del resto de masculinidades subordinadas. Mosse dirá que el actual estereotipo de masculinidad moderna imperante está estrechamente ligado a la sociedad burguesa surgida posteriormente de la Revolución Francesa (Mosse, 2000: 23). Ya aquí se podía visualizar una construcción del estereotipo moderno de hombría.

Segal se referirá a los hombres como: «una construcción de género y no la representación de la condición humana» (Carabí y Armengol, 2008: 165). Por tanto, la

masculinidad concebida por la sociedad no es más que el resultado de la interpretación de cada cultura por lo que representa en sí el concepto de masculinidad. Como ya se ha comentado, Kimmel dirá que la masculinidad «significa cosas distintas para todo hombre a lo largo de su vida» (Carabí y Armengol, 2008: 17).

Con el paso de los años, la sociedad comienza a ser poco a poco más consciente de las desigualdades y discriminaciones, ya no solo institucionales sino también actitudinales, llevadas a cabo en función del género. Autoras clásicas como Margaret Mead o Simone de Beauvoir fueron pioneras en el planteamiento referido a la masculinidad y, a su vez, pusieron en cuestionamiento su modelo tradicional hegemónico, el cual se ha mantenido vigente hasta nuestros días. Más adelante, el autor Seidler se basará en estos planteamientos para hablar también de la existencia de estos cambios sociales al decir textualmente: «Con los retos del feminismo y los movimientos de liberación gay, los varones han tenido que repensar su relación con la heterosexualidad, como parte de una exploración para replantear lo que significa “ser un hombre”» (Seidler, 2005: 78).

Además de esto, Seidler concluirá con el argumento de que «parte del atractivo de la noción de que las masculinidades son “social y culturalmente construidas” deriva del espacio que ayuda a crear para pensar que no hay un solo modelo al que los hombres tengan que ajustar» (Seidler, 2005: 79). Como se puede observar, ya con la consigna «No se nace mujer: se llega a serlo» (Beauvoir, 1998: 371) la autora Simone de Beauvoir en su obra *El segundo sexo* escrita por primera vez ya en 1949, destruyó los mitos femeninos. Además de ello, colaboró en la idea de que el género no es más que algo construido y que, como la segunda ola del feminismo se encargó de explorar, esto puede ser modificado.

El autor Rafael Montesinos, quien hará alusión a los cambios culturales sucedidos en la modernidad, aclarará lo siguiente:

[...] habrá que reconocerse que vivimos un proceso de cambio cultural donde la transformación de alguno de sus símbolos, y las prácticas que de ellas emanan, provoca que tanto hombres como mujeres construyan su identidad a partir de los mismos rasgos, lo que en lugar de conferir certidumbre en cuanto a la pertenencia a un género, provoca confusión y a veces un miedo no reconocido (Montesinos, 2004: 16).

Es por ello por lo que hoy en día se puede hablar de la existencia de una posible crisis de la masculinidad, ante el desacuerdo de las propuestas fijadas por la masculinidad

tradicional, concibiéndose en su transformación nuevas formas de ser hombre, más diversas y heterogéneas.

Por ello, en lo referido a la identidad masculina, Juan Carlos Callirgos, en su artículo «Sobre héroes y batallas. Los caminos de la identidad masculina» (1996), se preguntará lo siguiente: «¿Por qué la masculinidad resulta una cualidad tan deseada y a la vez tan difícilmente alcanzable?» (Callirgos, 1996: 60). Como respuesta a esto, el autor responderá con su argumento a dicha incógnita alegando que:

[...] no se nace hombre, las sociedades cuentan con sistemas más o menos rígidamente establecidos para hacer hombres a la fuerza. Al ser la naturaleza insuficiente para acometer tal empresa, las sociedades establecen pautas, rituales, pruebas, sistemas de premios y castigos que incentivan la conducta agresiva y activa, inhibiendo los comportamientos pasivos (Callirgos, 1996: 61).

Es debido a esto por lo que al decir que un hombre es «masculino» no tiene porqué venir relegado a una condición biológica humana, sino que su condición dependerá de las construcciones socioculturales que se adhieren a ambos géneros en función de su sexo.

El autor Olavarría, en su artículo «Modelos de masculinidad y desigualdades de género» (2004) se basó en un estudio realizado en Chile con hombres heterosexuales sobre el modelo de «ser hombre» que, como bien veremos, se ajusta muy bien a los atributos del hombre propios de un sistema patriarcal. Entre los referentes de ser hombre marcado en esta investigación Olavarría destacará los siguientes:

Olavarría dirá: «Ser hombre otorga un signo de distinción» (Olavarría, 2004: 46). Por el mero hecho de ser hombre ya se les conceden mayores reconocimientos y derechos de forma inherente. «El hombre debe ser recto, responsable, está obligado a comportarse correctamente» (Olavarría, 2004: 47). Es cierto que al hombre se le exigen atributos que reflejen esa hombría característica del macho protector de su entorno. «El hombre es una persona autónoma, libre y segura» (Olavarría, 2004: 47). Dicha autonomía es entendida como dominio de su vida y la de su entorno, como puede ser la de las mujeres.

Otras de las ideas que según Olavarría se han podido extraer de la siguiente investigación es que «El hombre debe ser fuerte, racional» (Olavarría, 2004: 47). Esta idea del hombre entendida como ser racional irá muy ligada al aspecto de la

racionalidad económica, en donde se relacionará al hombre como el único ser de éxito en el mundo de los negocios. Por ello, también se hablará de que «El hombre es de la calle» (Olavarría, 2004: 48), mientras que la mujer se ocupa de la vida privada. Esta cualidad de la racionalidad masculina desencadenará en que «El hombre debe ser emocionalmente controlado» (Olavarría, 2004: 47) Se dirá que el campo de los sentimientos y las emociones irá más encaminado a lo femenino, visto como algo de “mujeres”. Por el contrario se entiende que la mente del hombre no debe estar condicionada por cuestiones afectivas.

1.2 Origen de las nuevas masculinidades como movimiento social y su relación con el feminismo

Para lograr comprender el surgimiento de las llamadas nuevas masculinidades como movimiento social organizado, se han de tener en cuenta varios factores sucedidos en la historia recientemente que han dado lugar a que se consolide hoy en día una nueva mirada transformadora de la masculinidad. Veremos cómo la concepción del propio género no será más que el resultado de un proceso de socialización en el que, en su mayoría, responderá a sociedades sexistas que esconderán todavía en su origen un modelo de sociedad duramente patriarcal.

Entre los procesos que han favorecido la aparición de las nuevas masculinidades, cabe resaltar en primer lugar el surgimiento de los llamados movimientos feministas. A lo largo de nuestra historia hemos podido comprobar cómo se ha ido conformando a todos los niveles sociales un elevado grado de desigualdad debido a cuestiones de género. La situación de la mujer ha estado siempre subordinada al hombre, viéndose coartados sus derechos humanos al mando de una sociedad plenamente patriarcal. Esto lo explica ya muy bien la escritora Simone de Beauvoir en su libro *El segundo sexo*, publicado por primera vez en 1949, donde se refiere a esta construcción de género como fruto de un pensamiento que concibe a la mujer como “alteridad absoluta”.

Ahora bien, a mediados del s. XIX se comienza a visibilizar en la conciencia de la sociedad una lucha colectiva en favor de las igualdades entre hombres y mujeres, la cual acabaría dando paso a lo que hoy entendemos por movimientos feministas. El surgimiento de este movimiento, entendido como un movimiento social y político

propulsado en un principio por las mujeres, tiene como objetivo claro exigir que tanto los hombres como las mujeres dispongan equitativamente de los mismos derechos y necesidades, concediéndole de este modo al género femenino capacidades previamente reservadas sólo a los hombres.

Este periodo histórico surgido tras la aprobación del derecho al voto de las mujeres gracias a la lucha de las sufragistas, corresponderá a lo que en términos de género se conoce como segunda ola del feminismo. De esta lucha derivarán publicaciones como puede ser Anarquismo y otros ensayos, publicado en 1910 y donde la precursora Emma Goldman relacionará la lucha feminista con la de la clase obrera. Es entonces cuando ya se comienza a tomar conciencia sobre la existencia de enormes diferencias relegadas a cuestiones de género, que no han hecho más que obstaculizar la libertad de mujeres y hombres.

Es en la segunda ola del feminismo en la que realmente se comienza a dar evidencia de forma más incipiente sobre los factores que dan paso a la construcción del género. Aquí ya se es consciente de que la concepción del sexo masculino y femenino va en relación a una construcción cultural adecuada al pensamiento de una determinada sociedad. Connell (1997) ya haría mención de la construcción de género como resultado de un proceso de oposición desigual en función del sexo. Se referirá a esto al afirmar que:

La masculinidad existe sólo en contraste con la feminidad. Una cultura que no trata a las mujeres y hombres como portadores de tipos de carácter polarizados, por lo menos en principio, no tiene un concepto de masculinidad en el sentido de la cultura moderna europea/americana (Valdés y Olavarría, 1998: 32).

Es cierto que, a pesar de que se han conseguido numerosos logros y derechos que han podido equiparar el sistema de libertades, civiles y políticas de las mujeres con el de los hombres, existe todavía una lucha que será la de acabar con las construcciones sociales y culturales que sobre el género se han ido construyendo. Construcciones que, por consiguiente, han dejado a la mujer en una situación de ilegitimidad social y moral, mientras que al hombre se le ha juzgado en base a unos parámetros patriarcales que llevan consigo el actual modelo de masculinidad predominante. Varias autoras feministas han calificado este proceso histórico como el periodo de la tercera ola del feminismo. (Gamba, 2008: 5-6).

Ahora bien, es en la tercera ola del feminismo cuando verdaderamente se comienza a actuar con el fin de acabar con un sistema que permanece anclado al patriarcado. Lo que se pretenderá será poner al mismo nivel el asentamiento de las igualdades jurídicas y culturales entre ambos sexos. Javier Boix Reig asegurará que lo importante es «hacer llegar a la conciencia colectiva la necesidad de ver identificada, valorada y superada la discriminación, la desigualdad y la exclusión de las mujeres como fruto de un modelo cultural de género que parece tener la vocación de permanecer invisible» (Boix, 2012).

Sociólogos destacados en lo referido al estudio de los grupos de hombres, como es el caso de Michael Scott Kimmel, asegurarán que ya desde el momento en el que aparecen los movimientos feministas, las mujeres comienzan también a reformular esa idea de masculinidad tradicional que tanto ha ido en detrimento de lo femenino. Aunque es cierto que el cuestionamiento del hombre con respecto a su propia masculinidad no se produjo de forma pareja al de la feminidad, sí que se puede decir que durante el periodo de la segunda ola del feminismo se comienza ya a visibilizar en la conciencia de la sociedad la necesidad de una lucha colectiva en favor de las igualdades entre hombres y mujeres. Por ello, este hecho derivará en que se vaya forjando en las mentes nuevas formas de ser hombre, más tolerantes y diversas.

Como se puede apreciar, el feminismo, entendido como un movimiento de carácter transformador, pretende resolver en su conjunto la misma problemática abordada desde las nuevas masculinidades, como es el hecho de acabar con los estereotipos y las desiguales distinciones que se construyen en torno al género y que acaban por limitar las libertades tanto de las mujeres como de los hombres. Es por ello por lo que se podría decir que las nuevas masculinidades surgen como motivo de respuesta a las propuestas planteadas en su momento por los movimientos feministas, al pretender alcanzar la verdadera equidad entre sexos y la deconstrucción patriarcal del propio género.

La autora Celia Amorós (2006) querrá también hacer una aclaración respecto al alegato apoyado por las teorías feministas, en el que se manifiesta que los hombres deben recuperar aquellos aspectos considerados “femeninos” para alcanzar una verdadera igualdad de género. Amorós aclarará que lo que se está diciendo con esto no es que los hombres tengan que feminizarse, pues esto sería cómo asociar que existen ciertos patrones de conducta que corresponden tanto al sexo femenino como al masculino. De hecho, lo que se pretende conseguir con este argumento es que los hombres y las

mujeres puedan adoptar, indistintamente de su sexo, cualquier tipo de comportamiento sin necesidad de sentirse oprimidos. Para ello será obligatorio deconstruir el valor asociado generalmente al género con el fin de acabar con todas aquellas connotaciones que, por cuestiones patriarcales, tienden a condicionar al ser humano de forma restrictiva en función de su sexo.

Otro de los sucesos que han contribuido también de manera determinante a que se desencadene una nueva mirada transformadora de la masculinidad corresponderá a los movimientos de lucha por la liberación homosexual. Estos movimientos, que datan su origen ya entre la década de los 50 y los 70, se presentan como una respuesta a la inmensa discriminación y dolor sufrido por los homosexuales, al ser concebidos por gran parte de la sociedad como meros enfermos mentales, pensamiento que todavía perdura en la actualidad y que, por triste que parezca, se resiste a desaparecer.

Jordi Petit, quien fue nombrado presidente honorífico de la Coordinadora Gay-Lesbiana de Cataluña, ha editado diversos libros, generalmente de carácter poético como *De hombre a hombre* (1984) en donde refleja su lucha por erradicar la heteronormatividad en favor de la liberación homosexual. Dirá que la principal causa que ha motivado al surgimiento de este movimiento estará vinculada con la intencionada lucha por acabar con la heterosexualidad normativa y la propuesta por la configuración de una feminidad y masculinidad alternativa. De esta manera lo que se pretende con estos surgimientos es invalidar la exclusividad de una única forma de ser mujer y hombre con el fin de normativizar diversos modelos de sexualidad igualmente reconocidos.

En la Europa del siglo XIX los movimientos homosexuales comienzan a tomar conciencia de su lucha y, entre sus intenciones, se encuentra la de acabar con todas aquellas segregaciones que caracterizan a nuestro sistema patriarcal y que tan duramente han arremetido contra este sector homosexual a lo largo de su historia.

Según Badinter (1992) la problemática que se nos presenta en nuestras sociedades, y en este caso en los hombres, es que todavía se sigue asociando el concepto de heterosexualidad con el de masculinidad, siendo la homosexualidad vista como algo poco natural, como si se tratase de una especie de trastorno de la identidad del propio género. La autora lo manifiesta de la siguiente manera:

La mayor parte de las sociedades patriarcales identifican masculinidad y heterosexualidad, en la medida que seguimos defendiendo, por una parte, el género a partir del comportamiento sexual y, por otra, la masculinidad por oposición a la feminidad, es innegable que la homofobia, a la manera de la misoginia, ocupa un papel importante en el sentimiento de la identidad masculina (Badinter, 1992: 130).

Como se puede apreciar, el surgimiento de los movimientos homosexuales pretende romper con esta idea de masculinidad triunfante hasta el momento, la cual corresponde al modelo de hombre heterosexual, aunque también agresivo y dominante. En relación a esto, Badinter también mencionará en su libro que la masculinidad concebida exclusivamente como la heterosexual, encontrará asentada en sus bases conductuales estos factores y dirá textualmente: «La identidad masculina se asocia el hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse, usando la fuerza si es necesario» (Badinter, 1992:123).

Aunque por aquel periodo no existiera todavía una idea claramente concebida sobre lo que implica hoy en día las nuevas masculinidades como movimiento transformador, Jordi Petit hará mención de esto en su artículo «Tres décadas que alumbraron la liberación homosexual: Una visión internacional», publicado en mayo del 2011 en la revista catalana de pensamiento social “La Factoria”. En la siguiente publicación se nos muestra cómo los movimientos feministas y homosexuales han ido desmenuzando la propulsión de este nuevo movimiento. Petit señalará cómo desde finales del siglo XIX, y gracias a estos procesos sociales sucedidos, se comienza a cuestionar y poner en tela de juicio el papel que ocupa en las sociedades patriarcales la masculinidad hegemónica como resultado de un constructo cultural normativizado.

Estos cambios sociales profundos han llegado a ocasionar un cambio de conciencia en la manera de comprender la concepción del género y la diversidad sexual. Este cuestionamiento de la masculinidad y feminidad, desvinculado del propio patriarcado, ha ocasionado a que hoy en día se pueda hablar de las nuevas masculinidades como un movimiento que esconde en sus bases un factor transformador de género, siempre a favor de la tolerancia, la diversidad y la igualdad.

Ahora bien, el periodo en el que verdaderamente se comienza a hablar sobre la existencia de una posible Crisis de la Masculinidad como fenómeno sociológico corresponderá a la última década del siglo XX. Es entonces cuando el heteropatriarcado moderno entra en un proceso de deslegitimación social y comienzan a surgir nuevos

planteamientos a través de artículos e investigaciones en torno al tema de la masculinidad. Junto a esto empezarán a conformarse agrupaciones masculinas ante la necesidad de consolidar una nueva masculinidad.

El psicoterapeuta y Director del Centro de Estudios de la Condición Masculina de Madrid, Luis Bonino (2000; 2003) hará referencia en sus aportaciones sobre el cuestionamiento cada vez mayor del actual modelo hegemónico de masculinidad, dando paso al surgimiento de nuevas masculinidades menos arcaicas y más diversas. Entre sus artículos referidos en torno al tema de la deconstrucción de la normalidad masculina y, de los cuales se hará mención más adelante, Bonino tratará de mostrar todo tipo de desconciertos que ha producido en muchos hombres este modelo de masculinidad tradicional. De esta manera, explicará también cual es el verdadero camino para alcanzar una auténtica igualdad de género a escala global.

Ángels Carabi (2000), quien también hablará sobre el comienzo de una posible crisis de la masculinidad, explicará que es necesario que el hombre tome una cierta conciencia de género. Solo así uno podrá comprender cuales son los factores por los que está compuesto el modelo tradicional de masculinidad, y que daños y limitaciones interfieren en dicha construcción. Carabi (2000) sostendrá que el primer paso para llegar a comprender la masculinidad como tal será que el hombre reconozca su propia situación real en motivo de género.

1.3 Distinciones atribuidas al género

A lo largo de nuestra historia hemos podido comprobar cómo se ha ido conformando a todos los estratos sociales un elevado grado de desigualdad debido a cuestiones de género. La situación de la mujer ha estado siempre subordinada al hombre, viéndose coartados sus derechos humanos al mando de una sociedad plenamente patriarcal. Esto lo explica ya en el año 1948 muy bien la escritora Simone de Beauvoir en su libro *El segundo sexo*, donde se refiere a esta construcción de la mujer como fruto de una «alteridad absoluta» (Beauvoir, 1998).

Ahora bien, a mediados del s. XIX se comienza a visibilizar en la conciencia de la sociedad una lucha colectiva en favor de las igualdades entre hombres y mujeres, la cual acabaría dando paso a lo que hoy entendemos por movimientos feministas. El

surgimiento de este movimiento, comprendido como un movimiento social y político propulsado en un principio por las mujeres, tenía como objetivo claro exigir que tanto los hombres y las mujeres dispongan equitativamente de los mismos derechos y necesidades, concediéndole de este modo al género femenino capacidades previamente reservadas sólo a los hombres.

A pesar de que se han conseguido numerosos logros y derechos que han podido equiparar el sistema de libertades, civiles y políticas de las mujeres con el de los hombres, existe todavía una lucha que será la de acabar con las construcciones sociales y culturales que sobre el género se han ido construyendo y que, por consiguiente, han dejado a la mujer en una situación de ilegitimidad social y moral sobre el hombre. Varias autoras feministas han calificado este proceso histórico como el periodo de la tercera ola del feminismo (Gamba, 2008: 5-6).

Actualmente son muchas las que reflejan que vivimos en un sistema claramente patriarcal, hecho causante de que sea muy complicado reconstruir una sociedad en la que deje de estar marcada y condicionada por roles construidos sobre el sexo y el género. Por ello, uno de los objetivos de este trabajo será ver cuáles son esas capacidades que desde el sistema patriarcal se le atribuyen a los hombres y, de qué manera influyen tanto en el tratamiento desigual de las mujeres como en el de algunos hombres.

En lo referente a las distinciones realizadas sobre el ser humano, se podría decir que a lo largo de la humanidad ha existido un exasperante afán por querer clasificar de manera jerárquica al ser humano desde su nacimiento. Se ha dado lugar tanto desde los estudios de la ciencia como de la antropología a numerosos debates que han estado en continua dicotomía sobre la construcción de la identidad humana. Por un lado, se encontrarán los llamados genetistas de la conducta, que serán aquellos teóricos o científicos que atribuirán la creación de la conducta humana a causas exclusivamente genéticas.

Como bien es sabido, esta postura genetista ha sido siempre a ojos de la ciencia la dominante desde sus orígenes. Ya autores como Galton tenían como convicción apriorista la creencia de que tanto las facultades físicas como mentales son transmitidas hereditariamente en función de los genes. A su vez, el psicólogo conductivista Hans Jürgen Eysenck también compartiría la siguiente premisa al postular en sus estudios la

teoría de que «La inteligencia, o la posibilidad de resolver problemas con éxito, es obviamente heredada» (Eysenck y Kamin, 1986: 69).

El hecho de que los genetistas atribuyan la descendencia o porvenir de la especie humana a razones heredadas, también ha hecho que se genere una distinción del ser humano en función de su sexo. A lo largo de la historia se han concebido en función del género, toda una serie de aptitudes propias vinculadas a cuestiones biológicas. Es por ello por lo que hoy en día todavía aparecen normalizados ciertos micromachismos asociados al dominio del hombre y subyugación de la mujer, por el mero hecho de haberse propagado de generación en generación, llegando a concebirse como algo racional en la especie humana.

Ahora bien, en contraposición a estas teorías genetistas, que basan sus estudios en la herencia, encontramos las llamadas teorías conductistas ambientalistas que, pese a no tener una gran aceptación en sus inicios por el colectivo científico, han logrado suscitar un cambio en la manera de concebir la conducta humana. Ya en el siglo XVIII surgieron teorías ambientalistas radicales sostenidas por filósofos como Locke o Hume. Estos defendían la idea de que al nacer la mente es como una página en blanco y que la conducta del individuo depende exclusivamente del entorno, negando cualquier vinculación genética.

Cabe decir que, pese a que se ha conseguido romper con la teoría hereditaria fundamentalista, ambas propuestas han sido cada vez más desmontadas tanto por científicos como por sociólogos experimentados en este campo al demostrar tanto rasgos genéticos como ambientales en nuestra conducta. Es por ello por lo que aparece como propuesta pionera, y como resolución ante dicha dicotomía planteada, la llamada teoría epigenética. Aquello a lo que responderá en sus bases la epigenética tendrá por resultado la interacción entre genes y ambientes que se producirán en el desarrollo de un organismo.

Como síntesis, lo que vendrán a afirmar las teorías epigenéticas es que, efectivamente, la interacción entre los organismos y el medio ambiente acabarán por coordinar la expresión genética, llegando a apreciarse variaciones conductuales. Esta teoría, que no rechaza el poder de la herencia y el ambiente en el constructo del ser humano, estarán

vinculadas con las teorías feministas y las nuevas masculinidades al rechazar la creencia de una distinción conductual humana por motivos de carácter hereditarios y biológicos.

De acuerdo a esta postura, y tras largas investigaciones, Ehrlich verá que «la naturaleza humana es el producto de genes interactuando con ambientes (externos e internos)» (Ehrlich, 2005: 23). Al mismo tiempo añadirá que los genes no dan órdenes sobre nuestra conducta, sino que estos se sumarán a los ambientes internos y externos por los cuales nos vamos definiendo gradualmente de manera simultánea.

A su vez, el mismo Rousseau, quien teoriza sobre el buen salvaje que no había sido corrompido por la civilización, afirmaría que «el poder del ambiente es crucial para determinar el éxito de los encuentros educativos, los educadores deben estar alertas al ambiente, ya que mientras más control tengan sobre él, más efectiva será la educación» (Colón, 2008). De acuerdo a esta idea se podría de la misma manera interpretar el género como algo aprendido y que, como tal, está expuesto a un proceso sociocultural concreto y cambiante. Por último, y muy acorde a esto, Aristóteles compartiría también esta visión al recitar la frase «La excelencia es un hábito», de la misma manera que lo es la lucha por la igualdad y la tolerancia.

Además, varios estudios sociológicos y científicos han descartado que exista una vinculación biológica en función del sexo que limite un determinado rol o carácter social en el hombre y en la mujer. De hecho, la autora Margaret Mead apoyaría ya en su libro *Male and Female* (1949) esta teoría y dirá que lo que sucede con la construcción de la masculinidad «son producciones culturales, la sociedad no institucionaliza una sola pauta caracterológica, sino que se asignan rasgos distintos para diferentes clases, sectas y edades» (Jociles, 2001: 8). A su vez, Otegui (1999) referente a esto también dirá:

De tal forma que el comportamiento e interiorización de la identidad del macho con sus características de agresividad, incontinencia, primariedad, etc.-lejos de ser el resultado de un destino biológico, sería la forma en que la sociedad occidental y algunas otras, constituyen una de las representaciones de la masculinidad (Otegui, 1999: 14).

El hecho de que existan constructos sociales que aboguen por un determinado comportamiento entre ambos sexos hará que se generen situaciones de desigualdad no solo para las mujeres, como ya hemos comentado, sino para aquellos hombres que, por

diversas razones, no están dispuestos a actuar conforme a estas formas de conducta. Es por ello por lo que, desde las nuevas masculinidades, se intentará acabar con la concepción del modelo de hombre patriarcal como ideal a seguir y pretenderá normativizar nuevos modelos y maneras de ser hombre.

Ante la distinguida frase pronunciada por Simone de Beauvoir “No se nace mujer, una se convierte en mujer” rescatada en su aclamada obra *El segundo sexo* ya en 1949, lo que nos pretendía decir con esto es que, en efecto, la sociedad marca unos estereotipos sexuales desde el nacimiento. Estos cánones se nos presentan en un principio como naturales pero, realmente, no son más que modelos construidos por un sistema patriarcal que aboga por una idea de ser hombre y mujer claramente definida y diferenciada. De esta manera y retomando esta línea de afirmaciones, el autor Àngels Carabí añadirá «No se nace hombre, uno se convierte en hombre» (Carabí, 2000: 19).

Como podemos ver, el movimiento entendido como “nuevas masculinidades” recoge varias propuestas que son claramente compartidas por los ideales propios del feminismo. Todo colectivo de hombres que llevan a cabo un estudio del género masculino, ya sea el psicólogo Antonio Boscán Leal como el psicoterapeuta Luis Bonino, entenderán las nuevas masculinidades como una propuesta vinculada a los procesos de liberación de las mujeres (Boscán, 2008). Ambos movimientos, o formas de vida, comparten en sus raíces el mismo lema: establecer relaciones igualitarias entre ambos sexos. No se nos presenta indistinto uno del otro, sino que la búsqueda por el desarrollo de nuevos tipos de masculinidad también actuará desde una mirada feminista.

En primera instancia, la problemática que se planteará tratará de averiguar en qué se fundamenta la construcción de la identidad masculina para poder así comprender y combatir las limitaciones que de ella se derivan tanto en los hombres como en las mujeres. Para ello, será necesario partir de la idea de que las vinculaciones que se realizan continuamente en torno al género no son más que un hecho culturalmente construido y que, por ende, se pueden dar nuevas maneras de entender el género, menos tradicionales y restrictivas.

CAPITULO II- Problemáticas de la masculinidad en mujeres y hombres

2.1 Valor de lo masculino

En primera instancia, la problemática que se nos plantea consistirá en dar respuesta a la fundamentación de la construcción de la identidad humana, para poder así comprender y combatir las limitaciones que de ella se derivan tanto en los hombres como en las mujeres. Como se puede observar, son muchos los que a lo largo de la historia han aportado teorías y reflexiones en torno a la fundamentación del género y, más concretamente, a la construcción de la propia masculinidad.

El autor australiano Robert W. Connell (1995), profesor y sociólogo destacado en temas de masculinidad, planteará en su texto «La organización social de la masculinidad» varias cuestiones. Sostiene la idea de que la propia masculinidad, entendida como tal, no puede ser comprendida a partir del resultado de un constructo biológico ajeno al contacto de las estructuras sociales. Él dirá que «el género es una forma de ordenamiento de la práctica social [...] existe precisamente en la medida en que la biología no determina lo social» (Connell, 2003: 36).

Connell concibe la masculinidad y la feminidad como el resultado de proyectos de género y se referirá a estos como «procesos de configuración de la práctica a través del tiempo, que transforman sus puntos de partida en las estructuras de género» (en Lomas, 2003: 37). Partiendo de esta teoría y, siguiendo el hilo de su argumento, la masculinidad en este caso no se nos presenta como algo aparentemente estático y uniforme, como varios científicos y sociobiólogos pretenden hacernos creer, sino todo lo contrario. La masculinidad, al igual que el género en sí, se reconocerá en términos de Connell como

un “productor de historia” resultante del continuo contacto de la acción social transformada en el tiempo.

Ahora bien, la masculinidad al igual que la feminidad se presenta sujeta a órdenes culturales históricas que definirán la construcción del género de acuerdo a una serie de patrones estructurales determinados. En el caso que nos concierne, se puede apreciar como sobre la propia masculinidad aparecen ligados a esta ciertos patrones que determinarán la manera en que un hombre pueda llegar a sentirse o no reconocido por la sociedad en función de la construcción que sobre la propia masculinidad se ha venido haciendo. Varios autores como W. Connell (1995) o Badinter (1992) asegurarán que la masculinidad concebida en las sociedades modernas existe solamente en contraste con la feminidad.

A ojos de Badinter (1992) esta oposición de la masculinidad con la madre y el mundo femenino es fruto del patriarcado «en el cual el poder y la autoridad son considerados masculinos» (Callirgos, 2003: 65). Juan Carlos Callirgos hablará de que el proceso de socialización a través del cual se ha sometido el género, hará que tanto hombres como mujeres potencien características exclusivas marcadas desde la dualidad. Además, se preguntará cómo pueden hacerse estudios comparativos distintivos de las identidades masculinas y femeninas si, según él, ambas identidades tienen «más similitudes que diferencias» (Callirgos, 2003: 58).

Muchos teóricos han interpretado la masculinidad moderna tradicional desde la percepción de “lo que no es femenino”. Se dirá que ya desde la crianza, el niño recibe por parte de la madre una educación basada en la distinción. Callirgos hará mención a la figura materna como potenciadora de este modelo de masculinidad al decir que «trata al hijo enfatizando su masculinidad en oposición a ella y empujándolo a asumir un rol masculino en su relación con ella» (Callirgos, 2003: 63).

Ya desde este modelo de aprendizaje, la masculinidad entendida como exitosa relegará a cualquier aspecto vinculado a lo comúnmente vinculado con lo femenino. De esta manera, la negación por oposición de este vínculo materno hará que el niño sienta una situación de rechazo hacia la mujer y perciba lo «femenino» como degradante para el propio hombre. Esta segregación de género llevada a cabo ya desde el nacimiento, hará

que se precien las aptitudes vinculadas al hombre cómo las únicas valiosas, mientras que la oposición de éstas quedará sujeta comúnmente a las mujeres.

Siguiendo el hilo del argumento, para Badinter el hombre está sometido a toda una serie de roles en los que dirá que «Para hacer valer su identidad masculina deberá convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual» (Badinter, 1993: 51). La crianza materna llevada a cabo por la mujer tendrá como labor criar a sus hijos al margen de estos tres factores con el fin de que alcancen un modelo de masculinidad basado en la segregación y dominación. De este modo, el papel social que emprende el hombre se desvincula de ese rol protector de la madre, el cual también es propio de la mujer, con el fin de adoptar un modelo de masculinidad vinculado a la otorgación del poder, que se presenta en el hombre de modo *sine qua non*.

La construcción de la identidad masculina requiere de toda una serie de mandatos sociales que no le permite actuar de manera que ponga de manifiesto la virilidad u hombría del propio hombre. Badinter dirá: «la masculinidad es más importante para los hombres que la feminidad para las mujeres» (Badinter, 1993: 51) y esto es innegable. Los hombres definen su masculinidad en base al miedo por lo femenino, demostrando dotes de agresividad y dominio ante la mujer. Andrea Dworkin (1981) hablará de este odio como el resultado de la disputa entre mantenerse fiel a su madre o convertirse en un hombre que, como es bien sabido, resulta ser el único camino para dotarse de poder.

Aunque se ha hablado mucho sobre los efectos que generan la figura de la crianza materna en la construcción de una masculinidad hegemónica, también es cierto que no es la única causante de este fenómeno social. El aprendizaje de la masculinidad irá de la mano a su vez de otros factores que condicionan todavía más a los hombres hacia la consolidación de este modelo de masculinidad dominante.

La autora feminista Laura E. Asturias, en su texto «La construcción de la masculinidad y las relaciones de género», resultante como síntesis de su conferencia impartida en Guatemala el 5 de marzo de 1997 en el Foro «Mujeres en Lucha por la Igualdad de Derechos y la Justicia Social» añadirá también como motivo del aprendizaje de esta masculinidad el papel que ocupan los medios de comunicación en su construcción. Dirá que el niño durante su crecimiento va asentando en su conciencia modelos de hombres

que aparecen en la televisión y que se presentan como exitosos. L. Asturias hará mención de los modelos de hombre que aparecen en la televisión y que muchos niños toman como referente, como es el caso de: «el deportista ultracompetitivo, el hombre violento o criminal y el alcohólico y drogadicto» (Asturias, 2004: 68).

De este modo, la construcción del modelo de masculinidad tradicional es debido a que «las imágenes percibidas por el niño son, entonces, de hombres agresivos, invulnerables, insensibles emocionalmente cerrados y negligentes respecto a su bienestar personal» (Asturias, 2004: 68). Debido a todo tipo de patrones patriarcales ejercidos sobre el género, la autora asegurará que el hecho de observar por televisión estos estereotipos de poder ya desde que se es niño, potenciará a que se llegue a normativizar en la sociedad este tipo de prácticas sexistas y homofóbicas.

En relación a esto, se puede apreciar como ya desde los dibujos animados o Disney podemos encontrar modelos de mujer y de hombre anclados bajo estereotipos patriarcales y con sesgo de género. Encontramos aquí estereotipos con grandes rasgos sexistas, desde la figura masculina del hombre agresivo y viril, como se puede representar en el personaje de Hércules o la usual imagen del príncipe heroico, hasta mujeres subyugadas al hombre y dedicadas a las tareas domésticas, como es el caso de Blancanieves.

Estos son, entre muchos otros, los factores que corresponden al modo en el que se concebir el propio género. Como se puede observar, este aprendizaje sobre la feminidad o la masculinidad vendrá construido por la manera de interpretar la realidad por parte del colectivo humano. Este modelo de masculinidad hegemónico responderá por tanto al resultado de una sociedad patriarcal que buscará la fundamentación normativa de diversos cánones sexuales y de género, reafirmando el dominio del hombre sobre el de la mujer.

El hecho de que existan constructos sociales que aboguen por un determinado comportamiento entre ambos sexos hará que se generen situaciones de desigualdad no solo para las mujeres, como ya hemos comentado, sino para aquellos hombres que, por diversas razones, no están dispuestos a actuar conforme a estas formas de conducta. Es por ello por lo que, desde las nuevas masculinidades, se intentará acabar con la

concepción del modelo de hombre patriarcal como ideal a seguir, a la vez que se pretenderá normativizar nuevos modelos y maneras de ser hombre.

Una vez conocidos en líneas anteriores los aspectos por los cuales se construye la identidad masculina, será necesario conocer cómo y de qué manera se fundamenta la masculinidad. Solo analizando esta trayectoria se podrá combatir y hacer frente a las limitaciones que de este modelo de masculinidad se derivan tanto en las mujeres como en los hombres. Es por ello por lo que será necesario partir de la idea de que las vinculaciones que se realizan continuamente en torno al género no son más que un hecho culturalmente construido y que, por ende, se pueden dar nuevas maneras de entender el género, menos tradicionales y restrictivas.

2.2 Masculinidad hegemónica

El hecho de que vivamos en tiempos de globalización homogeneizadora hace que las identidades de la modernidad y, en especial las identidades masculinas, se mantengan firmemente estables en su transmisión. Hoy en día existe una única estructura que sirve como referente para la construcción de las identidades masculinas y esta es la que varios especialistas en temas de género llamarán masculinidad social tradicional (Burin y Meler, 2000).

Este modelo de masculinidad tradicional responde en su conjunto a una idea de hombre que se configura cómo única legítima dentro de un sistema claro del patriarcado, en el que tanto la identidad masculina como la femenina se atribuyen exclusivamente a un modo particular de género socialmente válido. Esta masculinidad tradicional a la que nos referimos se llamará más exactamente masculinidad hegemónica. Luis Bonino dará significado a este término definiéndolo como «la configuración normativizante de prácticas sociales para los varones predominante en nuestra cultura patriarcal» (Bonino, 2003: 9).

Al alegar que hoy en día nos encontramos ante esta masculinidad hegemónica se está apoyando, por lo visto, que se siga potenciando un modelo de masculinidad que conlleva ciertos patrones de dominio y control social definidos en su conjunto. Este hecho hará que inevitablemente se agraven las desigualdades y se asiente una cultura de

jerarquización masculina, la cual acabará rechazando cualquier forma de masculinidad que se aleje de este patrón.

Bourdieu, al referirse a este concepto de masculinidad hegemónica, decía que no era más que un intento de afianzar como verdad natural toda serie de falacias atribuidas al género masculino. El fin de esto sería fortalecer el dominio y poder social de la masculinidad en el marco de una estructura patriarcal fundada por los hombres (Bourdieu, 1990).

Ahora bien, este modelo de masculinidad preponderante en nuestros días, no solamente pretenderá desvalorizar el sexo femenino al someterlo al hombre y realzar a este, sino que también se atribuirán toda una serie de atributos asociados al género. Estas cualidades vinculadas a los hombres suelen estar catalogadas como positivas, mientras que a las mujeres se las relacionará con roles opuestos al de los hombres y, por ello, se presentarán de un modo más desfavorable.

Con la configuración de este modelo de masculinidad tradicional cómo poseedora del poder se puede denotar un carácter propio de una sociedad homofóbica. Este hecho indirectamente acaba desvalorizando ciertos factores vinculados con lo “femenino” en el hombre, aspecto que según el autor Àngels Carabí «evoca indirectamente la categoría de “inferioridad” de la mujer» (Carabí, 2000: 21). Dicho de otra manera «la masculinidad hegemónica coincide con el arquetipo tradicional de la virilidad y con los estereotipos masculinos más en sintonía con la cultura del patriarcado doméstico y social» (Lomas, 2003:19).

Además de esto y, cómo bien apunta el autor, este concepto de la hombría tradicional vinculada a unos estereotipos marcados hará que dicha masculinidad convencional se sienta amenazada en el momento en el que algún hombre no actúa de acuerdo a estos principios establecidos. Àngels Carabí hará mención de la represión homosexual como fruto de aquellas posturas que se desligan del modelo de masculinidad tradicional y que, por ende, se alejan del concepto que el sistema patriarcal se refiere por virilidad (Carabí, 2000: 21). Desde esta mirada más tradicional, se pretenderá ver que es más hombre quien más se acerca al siguiente modelo de masculinidad hegemónica.

Luis Bonino al hablar de esta masculinidad hegemónica, entendida como subjetividad masculina, dirá que está supeditada a dos ideologías: la del individualismo de la

modernidad y la de la eliminación del otro distinto (Bonino, 2000: 46). Bonino asociará un aspecto de la masculinidad tradicional a un ideal del sujeto centrado en sí mismo, racional, autosuficiente y dotado de un individualismo entendido desde una visión de poder egocentrista y controladora del hombre. A su vez, hablará de que este modelo de masculinidad recogerá la idea del hombre de la antigüedad: corpulento, agresivo y bélico, hecho que acabará satirizando a aquellos hombres que no reflejen los patrones de conducta señalados.

El autor Connell (1995), pionero en los estudios en torno a las masculinidades, hará mención de cuatro tipos diferentes de masculinidad, los cuales identificará como «*hegemónica, subordinada, complaciente y marginal*» (Connell, 2003: 18). Definirá en primer lugar la *masculinidad hegemónica* como «aquella que encarna al pie de la letra la dominación masculina y ejerce el poder y la autoridad sobre las mujeres (y sobre otros hombres) con toda su secuela de opresión, violencia y privilegios» (Connell, 2003: 18).

Sin embargo, a diferencia de la masculinidad hegemónica, la llamada por Connell *masculinidad subordinada* se presenta como oposición a esta al representar modelos de conducta alejados de lo considerado propio para el hombre a ojos del patriarcado, acercándose así a una postura que ha venido más comúnmente asociada a la mujer. De hecho, este tipo de masculinidad pasará a ser considerada como «*ilegítima y afeminada* por quienes ejercen la masculinidad hegemónica» (Lomas, 2003: 19).

Muchos autores como Laura E. Asturias también hablarán de este proceso de reacción u oposición. Este aspecto hará que: «el niño llegue a interpretar el concepto de «masculino» como «no femenino» (Asturias, 2004: 68). Además, la problemática que con esto nos plantea la autora es que la reacción que se sucede en una sociedad donde se presenta una cultura antimujer hará que la oposición hombre/mujer cree una distinción de género en detrimento de ésta última.

Entre los aspectos que se pueden incluir dentro de la mencionada como *masculinidad subordinada*, encontramos un amplio abanico de grupos de hombres que presentan en sus bases un factor común. Respecto a la relación de semejanza existente entre los diferentes grupos afines a este modelo de masculinidad subordinada, destacará como aspecto a resaltar el considerable distanciamiento relativo al patriarcado. Connell incluiría en este tipo de masculinidad «ciertas conductas masculinas de orientación

homosexual como algunas maneras de ser hombre cercanas a los valores atribuidos convencionalmente a las mujeres» (Lomas, 2003: 19). Es esta masculinidad basada en la subordinación la que pondrá el énfasis en la ética del cuidado, en la capacidad afectiva y en la búsqueda por una sexualidad basada en la igualdad y la tolerancia. Tanto los homosexuales como los hombres feministas permanecerían incluidos también a este grupo.

Por otro lado, la llamada *masculinidad marginal* vendrá asociada a aquel colectivo de hombres que sufren todo tipo de discriminación al tener un igual acceso al poder. Lomas pone de ejemplo la minoría negra en Estados Unidos, los africanos en Occidente, etc. En última instancia, Connell hablará de otro tipo de masculinidad nombrada como *masculinidad complaciente*, la cual se calificará como «una versión pusilánime y atenuada de la masculinidad hegemónica» (Lomas, 2003: 19). Este tipo de masculinidad irá enfocada a todos aquellos hombres que, pese a no disponer de un completo privilegio ante los patrones marcados por el actual modelo de “hombría”, sí que se hacen beneficiarios de los aspectos positivos que la masculinidad hegemónica brinda a los hombres. Esto dará lugar a que se siga potenciando una masculinidad hegemónica al permitir que se mantenga la desigualdad entre hombres y mujeres, generando distinciones de género que no harán más que limitar tanto los derechos como las libertades entre ambos sexos.

2.3 La hombría comprendida desde el poder y la violencia

Una vez entrados en materia en lo que respecta a la masculinidad hegemónica, se pasará a ver más concretamente cuáles son los referentes del siguiente modelo de hombre dominante que acaban por configurar las identidades y relaciones de género. El sociólogo José Olavarría habla sobre el referente de ser hombre en su artículo «Modelos de Masculinidad y desigualdades de género» en donde explica cómo el modelo referente de «ser hombre» responde a unas pautas construidas socioculturalmente aunque se pretenda mostrar como algo inherente entre los hombres, al igual que sucede con la construcción sobre la idea de feminidad (Olavarría, 2004: 46).

Todos estos referentes que se presentan como mandatos para el hombre pretenden construir una identidad masculina determinada que acabará por condicionar las

relaciones de género. Daniel Cazés hablará también de esto en su artículo «El feminismo y los hombres» (Cazés, 2000: 41). Al hacer mención de las características dominantes de los hombres Cazés tomará como referente el libro de Maurice Godelier (1986), *La producción de grandes hombres, Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*, en dónde queda plasmada la opresión genérica de los hombres al alegar que:

«Los hombres de verdad» (Cazés, 2000: 41), entendidos como aquellos que reflejan estos referentes propios del patriarcado, se muestran como diferentes y superiores tanto a las mujeres como al resto de hombres que no se ajusten a estas normas de la masculinidad hegemónica. Este continuo intento de hacer una distinción sobre el género hará que las aptitudes atribuidas a uno y otro género adquieran sus propias connotaciones, siendo más positivas las vinculadas a los hombres que las relacionadas con las mujeres. «Cualquier actividad, actitud o conducta identificada como femenina, degrada a los hombres que las aceptan» (Cazés, 2000: 41).

Se puede observar cómo en el actual modelo de masculinidad hegemónica propulsa una idea de hombre dominante que intenta desvincularse del género femenino al adoptar aptitudes que acaban por desencadenar situaciones de opresión. Otro de los referentes que Maurice Godelier enumera sobre los hombres puede ser ese rechazo a todo tipo de emociones al estar vinculadas a las mujeres por ser, a manos de este constructo social, el ser más débil y vulnerable. También destacará como rasgos esenciales de la identidad de todos los hombres «La capacidad y el deseo de dominar a los demás y de triunfar en cualquier competencia» (Cazés, 2000: 41).

A ojos de Daniel Cazés, esta idea de dominio y poder de la masculinidad, comentada previamente, hará que se fundamenten el machismo y la misoginia (Cazés, 2000: 41). Además de esto, el hecho de pretender consolidar esta idea de hombre tradicional desencadenará una problemática ante las nuevas propuestas de género construidas al margen del actual patrón dominante.

El autor Callirgos nos hablará desde un enfoque teórico sobre el papel que adquiere el “poder”, entendido como parte inherente del hombre, al alegar que «lo que se presenta como el modelo ideal de hombre no solo está relacionado con poder sobre las mujeres,

sino también con poder ante el mundo: posesión de objetos y poder sobre otros hombres» (Callirgos, 2003: 70).

Esta fuerza de poder del hombre entendido como dominio hegemónico, no será más que una iniciativa del patriarcado que servirá de pretexto para afianzar la supremacía del hombre tradicional como el modelo controlador e imperante ante las mujeres y otras formas de masculinidad. Lynne Segal, quien cuestionará el papel del poder vinculado a lo masculino, dirá en boca de un grupo de hombres lo siguiente: «nuestro poder en la sociedad, no solamente aprisiona a las mujeres, si no que nos aprisiona en una masculinidad tan rígida, que mutila todas nuestras relaciones entre nosotros, con las mujeres y con nosotros mismos» (Segal, 1990: 287).

Otra de las maneras de exaltación de la masculinidad del hombre como símbolo de poder se verá reconocida a través de la conformación de su “virilidad”. La virilidad se representará como un signo de hombría y entereza que determinará el grado de masculinidad del propio hombre. Ahora bien, los estudios de género alegarán que; lo que define el grado de masculinidad de un hombre en una sociedad patriarcal discernirá mucho de lo que debería significar una adecuada masculinidad exenta de limitaciones.

Autores como Álvaro Campos y José M. Salas (2001) harán referencia a los procesos que llegan a definir la virilidad entre el colectivo masculino, afirmando que su punto de inflexión vendrá ligado al factor de la apariencia y validación por parte del resto de hombres. Referido a esta cuestión, ambos autores dirán en su publicación lo siguiente:

En el caso de los hombres, la adquisición de su identidad pasa por el reconocimiento público de su hombría delante de los otros varones, y por el ejercicio del poder sobre la categoría femenina, rechazando todo lo que no ubique en la condición de no ser hombre: desprecio por lo femenino en sí mismo, homofobia, etc. La rigidez de la construcción y de la conformación de la masculinidad, entre otras cosas, hace que buena parte de las tareas del ser hombre los lleve a garantizarse que no son mujeres, con consecuencias en muchos ámbitos de sus vidas (Campos y Salas, 2001: 17).

A su vez, observamos también como Kimmel se referirá en su texto «Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad humana» a la “virilidad” como el resultado de una construcción sociocultural al decir que «La virilidad no es estática ni atemporal, es histórica; no es la manifestación de una esencia interior, es construida socialmente; no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos; es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas»

(Kimmel, 1997: 23). Además de esto dirá que «La definición hegemónica de la virilidad es un hombre en el poder, un hombre con poder, y un hombre de poder. Igualamos la masculinidad con ser fuerte, exitoso, capaz, confiable y ostentando control» (Kimmel, 1997: 3). De este modo, lo contrario a esto es considerado para el hombre como “debilidad”.

Como se puede apreciar, el aspecto de la virilidad como estatus de hombría irá enfocada desde una perspectiva patriarcal en la que se intentará demostrar una posición social en base a los patrones de la masculinidad hegemónica correspondientes: como puede ser el aspecto de la subyugación o dominio de la mujer, o el rechazo a aquello concebido como femenino. Entre los aspectos que abarca este modelo de virilidad para el hombre se encontraría como hemos dicho el dominio y el poder que, a su vez, también derivaría en la violencia.

De acuerdo a lo relacionado con la violencia, más concretamente en la violencia masculina, Cristina Alsina y Laura Borràs hablarán en su artículo *Masculinidad y violencia* de la configuración de dos teorías adversas que tratarían de explicar la configuración de este aspecto. Por un lado, nombrarán las *teorías activas*, las cuales «sitúan el origen de la agresión en los impulsos internos y hablan de una violencia innata» (Alsina y Borràs, 2000: 86). Dichas teorías que justifican la agresión al concebir la violencia como componente biológico esencial del hombre han llegado a ser muy apoyadas desde los estudios científicos.

El hecho de concebir la agresividad o violencia como algo innato en la conducta de los hombres hace que, en cierta medida, se normativice la figura del hombre agresivo y superior por razones naturales. Esto también hará que, aspectos como la violencia de género se llegue incluso a concebir, por ciertas teorías científicas, como parte inherente de la naturaleza humana. Esta apreciación de la violencia como instinto humano vinculado a los hombres irá también relacionada con lo que se percibe todavía hoy en día como “masculinidad”.

En contraposición a lo que representan las *teorías activas* desde un enfoque de la violencia, ambos autores harán mención de las *teorías reactivas* que injustifican el acto vandálico u violento como composición sine qua non del hombre masculino. Las teorías reactivas dirán que la evolución humana dependerá generalmente de los

acontecimientos ambientales o sociales que definen la cultura de un individuo. Este argumento será apoyado no solo por las teorías feministas sino que, desde las nuevas masculinidades, también se pretenderá romper con todo tipo de estereotipos masculinos que potencien su hegemonía. (Alsina y Borràs: 2000).

En definitiva, varios autores apuntan que esta manera de “ser hombre” consolidada hasta la actualidad desencadenará toda serie de problemáticas que acabaran afectando a las relaciones de género. Pierre Bourdieu afirma: «ser un hombre es, de entrada, hallarse en una posición que implica poder» (Bourdieu, 2000: 21). A esto, Cristina Alsina y Laura Borràs Castanyer, en su artículo «Masculinidad y Violencia», explicarán cómo uno de los signos propios de este modelo de masculinidad dominante hará que se agraven los casos de violencia. A su vez concluirán diciendo textualmente: «la conducta violenta no es sólo un parámetro genético que pertenece a la esencia del modelo humano, sino que es una conducta aprendida educacionalmente» (Alsina y Castanyer, 2000: 100).

Estos actos de violencia suelen sucederse en mayor grado contra las mujeres al ser consideradas como sujetos de subordinación de los hombres. Pero también pueden darse actos de violencia entre hombres para demostrar su virilidad y hombría o, incluso, hacia aquellos hombres que dirán se “feminizan” por el simple hecho de no responder a esta idea del «hombre de verdad» tradicional y dominante.

2.4 Problemáticas de género en los hombres

Como ya se ha comentado previamente, toda esta serie de imperativos que se le impone al modelo hegemónico de masculinidad supone graves consecuencias para las mujeres. Pero también resulta negativo para los propios hombres, lo que se define como “los problemas de género de los hombres”.

Entre las problemáticas que se pueden derivar tras intentar mantener las expectativas fijadas por este modelo tradicional de hombre son muy diversas. Luis Bonino ha intentado indagar sobre los malestares y problemáticas que suscitan esta identidad consolidada como verdadera masculinidad.

Entre algunos malestares masculinos de los que habla destacará «Los trastornos por búsqueda imperativa del éxito y control» (Bonino, 2000: 52). La imagen de la masculinidad como proveedora principal de sustento económico para las familias hará que el hombre sufra una presión constante al tener que responsabilizarse de todos aquellos asuntos vinculados a la vida pública. Además, este hecho hará que el hombre, aun queriendo, no sea capaz de poder disfrutar de aquellos aspectos que engloban la espera privada, como puede ser cuidar y ver crecer a sus hijos, pasar más tiempo con su pareja, en definitiva, reforzar el vínculo familiar y todas las ventajas afectivas que ello conlleva.

Esta necesidad de afianzar la valía y autosuficiencia masculina en el mundo laboral hará que se agrave la falta de una cultura del cuidado propio en los hombres. No se nos presenta como una casualidad que, de acuerdo al Instituto Nacional de Estadística y geografía (INEGI) en México las mujeres viudas mayores de 60 años representen un mayor número en este rango de edad (218 mil 485) con respecto a los varones (56 mil 467), en términos porcentuales ellas se ubican alrededor del 38%, casi tres veces el valor relativo de ellos. De hecho, es bien sabido que todas las cuestiones vinculadas al cuidado y la salud tienen un fuerte componente de género, pues estas cuestiones quedan relegadas de los hombres al ser consideradas desde este modelo de educación masculina como tareas femeninas destinadas única y exclusivamente a las mujeres.

Otro de los trastornos masculinos de los que nos habla también Bonino es debido a la indiferencia a otros o a sí mismo. El mero hecho de que el hombre tenga que ser visto como un ser autosuficiente hace que se desencadenen trastornos como «Las patologías de la autosuficiencia indiferente o agresiva» (Bonino, 2000: 54). Estos trastornos son fruto de un comportamiento que, debido a la invulnerabilidad adoptada en su vida laboral, acaba restringiendo todo proceso emocional de la mente del hombre. Este hecho hará que se potencie en la masculinidad un sentimiento de antipatía e indiferencia por las necesidades del resto e incluso por las suyas propias, como se puede demostrar con la insolidaridad ante lo doméstico o lo social.

A día de hoy todavía se puede observar la manera en que esa lucha imperante por desprenderse de todo lo relacionado con lo emocional, frente al sustento de la racionalidad en el hombre, hará que se jerarquicen y determinen ciertos conocimientos en función de un género u otro. Esta estratificación de saberes hará que existan más

hombres en las carreras vinculadas a las ciencias naturales como pueden ser las ingenierías en donde se lleva a cabo una racionalidad más sistemática, mientras que las ciencias humanas y sociales, destinadas a cuestiones más vinculadas con el estudio del comportamiento humano, serán más cursadas por las mujeres, como es el campo de la educación.

Otra de las problemáticas que Bonino nos plantea en los hombres será las Hipermasculinidades, que él lo definirá como: «trastornos por «exceso» de masculinidad» (Bonino, 2000: 53). Él dirá que la razón de que exista una masculinidad imperante que recoja en su legado valores propios del patriarcado hará que se potencien comportamientos excesivamente «masculinos». Por tanto, el término de “hipermasculinidades” será entendido como un reforzamiento exhaustivo de destrezas como la fuerza, la agresividad, la hiperautosuficiencia o el consumo desmesurado de drogas o alcohol como símbolo de hombría. De hecho, los hombres son mayoría dentro de las personas con adicciones a sustancias ilegales, al igual que son protagonistas de la inmensa mayoría de delitos o agresiones.

Dentro de los nombrados por Luis Bonino como trastornos por «exceso» de masculinidad, se podría aquí hacer mención también de las presiones que ejerce el ideal de virilidad sexual en el propio hombre. Al hombre siempre se le ha achacado su condición de hombría en función del tamaño de su miembro viril o de cómo realiza el acto sexual. Dependiendo del nivel de efectividad sexual que pueda llegar a alcanzar el varón, será visto por la sociedad como un factor esencial que determinará de forma clara su grado de masculinidad como hombre.

La autora Rosario Otegui (1999), en su publicación «La construcción social de las Masculinidades» hará referencia al factor de la virilidad sexual y dirá textualmente que «el aparato genital masculino se instituye como el resumen, icono y sustancia de la masculinidad» (Otegui, 1999: 4). Este factor, como vemos, se presentará de nuevo como una de las problemáticas de género a las que se deberán de afrontar continuamente los hombres.

En este caso, esta presión de la virilidad sexual como símbolo de hombría permanecerá a su vez incluida dentro de las llamadas “hipermasculinidades” al poder desencadenar cualquier tipo de trastorno en el varón. Cabe decir que, a diferencia de los hombres, las

mujeres no tendrán esta presión por demostrar su facultad sexual de forma tan exhaustiva como ellos, aunque estarán también expuestas a otro tipo de imposiciones de carácter sexual y físico.

El sometimiento del hombre a estas normas de género socialmente asentadas, como es la autosuficiencia, el dominio, la racionalidad o el rigor, conducen a que el hombre sienta en ocasiones momentos de flaqueza ante tanta sujeción que pueden incluso derivar a situaciones de suicidio.

Autores como Miguel Lorente, quien fue nombrado delegado del Gobierno para la violencia de género durante la segunda legislatura del gobierno de Zapatero, trabajó también sobre las problemáticas que provocan estas masculinidades tanto en las mujeres como en los hombres. (Lorente, 2009). Entre ellas dirá que el humano representa el mundo afectivo hecho conciencia y, en el momento en el que se intenta prescindir de su capacidad emotiva, el hombre tiende a deshumanizarse al actuar conforme a unos propósitos que resultan en sí poco complacientes para el hombre. De hecho, se presenta desproporcionada la prevalencia de los hombres en las tasas de suicidio, que se sitúan en 12,6 para ellos frente al 3,9 de las mujeres.

En definitiva y, como bien se puede observar, este modelo de masculinidad hegemónica permanente aún hoy en día ocasiona ciertos malestares entre los hombres que lo practican. Sin embargo, también se presenta como una problemática para aquellos hombres que no se comportan de acuerdo a este modelo de masculinidad. Pues, al no cumplir con todos estos propósitos el hombre tiende a sentirse “menos hombre” por no responder como se espera de él. Desde esta masculinidad hegemónica se tendrá como pretensión identificar a estas masculinidades de femeninas al asociar estas tareas opuestas y de menor calibre a las mujeres. Ello hará que este modelo de hombre sea relegado del estatus que le concedía esta masculinidad dominante y pase a sufrir un rechazo social similar al de las mujeres al salirse del rol imperante.

Una vez conocidos los inconvenientes que suscitan tanto para hombres como para mujeres la problemática de la masculinidad hegemónica, desde las nuevas masculinidades se querrá poner fin a esta idea patriarcal que, a lo largo de la historia, ha condicionado tanto las relaciones de género.

3.1 Transformando las masculinidades: Grupos de hombres nuevos

Desde la ética patriarcal, el hombre se ha presentado a lo largo de la historia como un ser dotado de poder y control en el marco de una sociedad que ha sido cómplice de este dominio. El hecho de que vivamos en sociedades sexistas, racistas y homofóbicas es debido también a que se ha interpretado la concepción de la masculinidad desde una mirada enfocada en la distinción. Víctor J. Seidler en su artículo «Transformando las masculinidades» interpretará la identidad masculinidad dominante en términos negativos: «de «no» ser «blanco», «emocional», «dependiente», lo que en otras palabras significaba «no ser mujer»» (Seidler, 2003: 206).

El hecho de entender la masculinidad como aquello que no es, no sólo hará que se delimite la identidad del hombre, provocando en él diversos malestares, sino que esta masculinidad hegemónica conducirá a agravar las desigualdades al minusvalorar cualquier género o ser opuesto a estos patrones de conducta patriarcales.

Como ya se ha nombrado previamente en el trabajo, surgen numerosas revoluciones sociales que a lo largo de las últimas décadas han luchado por acabar con este tipo de sociedad fragmentada en manos de esta masculinidad imperante. Ya en los años 70 surgieron diferentes grupos como: los movimientos feministas; los movimientos ciudadanos negros de EEUU en lucha por sus derechos civiles y sociales; los movimientos hippies, los movimientos indigenistas en América Latina o, incluso, los movimientos de gays y lesbianas. En su momento, todos estos movimientos tenían ya en sus propuestas algo en común, como era acabar con todas aquellas estructuras arcaicas que tanto limitaban las libertades de ciertos colectivos humanos ya sea por motivos de raza o sexo.

Tanto los movimientos de la segunda ola del feminismo, llamados “nuevo feminismo” como el movimiento de liberación gay en 1969 ocasionaron enormes avances en lo que a cambios sociales y libertades se refiere. Con la segunda ola surgen entre las mujeres las necesidades de vida liberadoras. Autoras como Emma Goldmann o Betty Friedan, además de Simone, plantearán ya en la década de los 70 «la redefinición del concepto de patriarcado, el análisis de los orígenes de la opresión de la mujer, el rol de la familia, la división sexual del trabajo y el trabajo doméstico, la sexualidad, la reformulación de la separación de espacios público y privado [...] y el estudio de la vida cotidiana» (Gamba, 2008: 3).

Respecto al movimiento de liberación gay sucedido en 1969 en Stone Wall, Nueva York, se dio la primera protesta en lucha del colectivo homosexual que hizo movilizar a gran parte de la sociedad civil tras cuestionar y poner en duda la normatividad de la heterosexualidad. Como se puede observar, toda esta serie de movimientos sociales comenzaron ya a cuestionar desde sus luchas las construcciones patriarcales referidas a la masculinidad. Estos sucesos serán los causantes de que en las últimas décadas surgiesen grupos de hombres que llegaran a cuestionar su propia masculinidad, al mismo tiempo que se plantearían nuevas maneras de ser hombre.

Ahora bien, para lograr un verdadero cambio coyuntural en la concepción humana, no basta con dotar de derechos y oportunidades a todos aquellos distintos al hombre sino que será necesario transformar esta construcción culturalmente patriarcal que condiciona la propia identidad del ser humano.

Muchos hombres que han empezado a ser conscientes de esta realidad se consideran víctimas de las limitaciones de la masculinidad convencional. Estos abogan por la necesidad de construir una sociedad que apueste por nuevos modelos de masculinidad con el fin de acabar con esta sociedad jerárquica. Se puede observar como ya en 1978 la revista Achilles Heel contaba con el testimonio de dos varones que se habían sentido prisioneros de una sociedad que respalda una masculinidad hegemónica entendida como el verdadero «deber ser» del hombre.

También han surgido en numerosos países como en Estados Unidos o en Inglaterra los llamados *Men's groups*, entendido como una organización voluntaria de varones que abordan las problemáticas y conflictos que suscita la que llaman la masculinidad

permanente. En Madrid surgirá en manos de Luis Bonino una especie de comunidad similar que responden también a estas cuestiones y que tiene como nombre «Centro de Estudios de la Condición Masculina» (Carabí, 2000: 23).

Entre los temas que estos grupos de hombres más abordan, se hablará de que la masculinidad patriarcal está en crisis. Como ya se ha analizado previamente, algunos historiadores datan la aparición de la crisis masculina a finales del siglo XIX, junto a la lucha de los derechos de las mujeres y su incorporación al mundo laboral. Sin embargo, no es hasta el siglo XX cuando empiezan a surgir artículos e investigaciones sobre este campo en país como EEUU, Argentina o España.

Cabe recordar que, estos nuevos grupos de hombres concienciados en deconstruir esta idea de masculinidad, no surgen como una tendencia desvinculada de los movimientos feministas. Ángels Carabí dirá que «la mayoría de estos grupos fueron constituidos por hombres próximos a mujeres feministas atraídos por el sentido de comunidad y apoyo que vinculaba a las mujeres en su lucha por la igualdad de derechos» (Carabí, 2000: 23). De hecho, ambos movimientos luchan por el mismo fin, que es el de conseguir una sociedad íntegramente igualitaria, sin necesidad de hacer ninguna distinción de género que jerarquice las relaciones de poder.

Este tipo de hombres parten de la idea de que tanto los estereotipos vinculados a las mujeres como los roles atribuidos a esta masculinidad tradicional no son más que una construcción cultural. De este modo, la realidad social que se nos presenta actualmente es cambiante, ya que es fruto de una construcción llevada a cabo por el comportamiento de una determinada sociedad y, por tanto, puede ser frágilmente modificada.

Entre las propuestas de estas nuevas masculinidades, se dirá que los cambios hacia una sociedad más igualitaria y menos homofóbica deberán partir del propio hombre, respaldado a su vez por el resto del colectivo humano. Estos hombres que, al estar sujetos a un sistema todavía patriarcal, son conscientes de sus limitaciones y luchan por romper con los estereotipos de género fijados, apostando por nuevas propuestas de ser hombre, que no discriminen a la mujer ni condicionen al propio varón. En definitiva, caminar hacia una modelo social que no sentencie todo aquello que, a ojos de la masculinidad tradicional, se presenta como diferente y dañino para el propio hombre.

Estos nuevos modelos de hombre compartirán la idea de que lo personal es político, eslogan pronunciado por la autora feminista Kate Millet en su obra *Política Sexual* (1969). Lucharán por recuperar todo aquello que les ha sido arrebatado durante el patriarcado, como puede ser el propio acceso a la vida privada, o el simple hecho de poder recobrar aquel lado afectivo que todo hombre dispone pero que intenta quedarse oculto. La autora Lynne Segal hablará del cambio hacia nuevas masculinidades en su libro *Slow motion. Changing masculinities. Changin Men* (1990) y dirá en boca de estos hombres: «Queríamos redescubrir en nosotros aquellas características dichas femeninas...pasividad, calor, intuición, ternura, amor, emoción [...] que la sociedad había escondido hasta hacernos actuar como robots» (Segal, 1990: 282).

El testimonio de este grupo de hombres fue muy claro, pues alegaban que la masculinidad convencional se había presentado ante ellos siempre como un impedimento, pese a que no fueran conscientes de ello. Al reunirse y poner en práctica su teoría de reformular el valor conceptual de la masculinidad se dieron cuenta de que, en términos de libertad, sus limitaciones habían permanecido atadas y expuestas ante convencionalismos. Ante este proceso de recreación sus impresiones fueron las siguientes: «experimentábamos las partes más amables de nosotros mismos, nuestras capacidades espirituales y nutricias, nuestra capacidad de querer, la parte femenina dentro de nosotros» (Segal, 1990: 283).

Al romper con la masculinidad establecida y plantear nuevas maneras de ser hombre aseguraron sentirse seres más humanos, abiertos y comprensivos. Además, este grupo de hombres diría que la reconstrucción de la masculinidad es el camino necesario alcanzar para lograr una verdadera igualdad social. El hecho de poder concebir la posibilidad de nuevos modelos de hombre igualmente reconocidos, es el modo en el que se consigue poner fin al segmentarismo que tanto condiciona al género y limita sus libertades.

Luis Bonino en «Los varones frente al cambio de las *mujeres*» (1998) manifestaría todos aquellos aspectos que, a su modo de ver, han de ser necesarios para un verdadero cambio: «conseguir una mayor flexibilidad laboral para compatibilizar la vida personal con la laboral, la promoción de permisos de paternidad, compartir el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos» (Carabí y Segarra, 2000: 24). Estos son algunos de los requisitos que se le plantean al psicoterapeuta como solución ante una masculinidad

hegemónica que permanece todavía vigente en la gran mayoría de nuestras sociedades actuales.

Toda esta serie de propuestas sugeridas por estos hombres, considerados también feministas, hará que se replanteen nuevas cuestiones referidas a aspectos que afectan al ámbito económico, social y, a su vez, a lo político. Luis Bonino hablará de estas estrategias y, también se planteará como medida llevar a cabo grupos de reflexión en donde, a través del diálogo, se conciencie a la población de los daños y prejuicios que engloba esta masculinidad hegemónica. Bonino realzará también como propuesta la necesidad de recobrar la solidaridad y empatía del hombre hacía su entorno para poder sentirse en plena armonía y transigencia consigo mismo y con su comunidad.

Por otro lado, en lo referente a la búsqueda de fuentes que avalen la existencia de grupos de hombres, pertenecientes o no al Estado español, cabe decir que todavía son pocos los estudios que nos han ayudado a poder contrastar el seguimiento de estos colectivos. De toda manera, autores como Bonino han intentado clasificar los movimientos de hombres sucedidos en base a los últimos 20 años, haciendo una previa distinción entre ellos, estén o no a favor de una reconstrucción de la masculinidad.

En primer lugar, el autor hablará sobre la existencia del *movimiento mitopoético*. Dirá que este movimiento de alto contenido espiritualista surgió en EEUU a finales de los ochenta y presentó su apogeo a principios de los noventa como rechazo de los avances llevados a cabo en los setenta por la lucha de las mujeres por la igualdad. Luis Bonino dirá que este grupo de hombres, bajo la insignia del varón blanco y heterosexual, se encontrarán «frustrados por la falta de éxito laboral o social para el que estaban socializados e insatisfechos ante la crisis de poder de los varones. Estos varones responden a lo que perciben como erosión del patriarcado doméstico y reivindican espacios «naturales» » (Bonino, 2003: 112).

A diferencia de este, el autor destacará el surgimiento del *movimiento por los derechos de los hombres* (Men's rights) comprendido a finales de los años ochenta debido a los avances sociales sucedidos en favor de la mujer. Bonino dirá que a este movimiento pertenecen tanto grupos de varones defensores de derechos igualitarios como grupos antifeministas defensores del patriarcado. Un primer tipo de grupos responderá a los siguientes varones «cuyo principal foco de preocupación son los derechos que les

pertenecen como varones y que las leyes descuidan. Algunos de ellos parten de la idea de que «la masculinidad tradicional es un factor de riesgo para la salud» (en Lomas, 2003: 113). Aquí se pueden encontrar defensores de las «nuevas paternidades» junto a los grupos de «padres en casa», quienes reclaman su derecho a estar en casa al exigir la baja por paternidad.

Con estas propuestas se puede observar que este grupo de hombres se presentan junto a las mujeres como defensores de los derechos igualitarios. Sin embargo y, como contraste a este grupo, concernirán dentro de este movimiento otro colectivo mayoritariamente de hombres que reclaman sus derechos, pero no de igual forma. Estos tendrán como premisa que «las mujeres han ido demasiado lejos» al sostener que los avances devenidos en favor de la mujer han ido en detrimento de los hombres, llevándoles a una situación de desigualdad con respecto a ellas. Bonino dirá que en este colectivo «critican a las mujeres y a sus avances porque están restando poder a los varones, y ésa es la razón de que se opongan a algunos avances femeninos y a los actuales planes de igualdad, porque dejan de lado o van en contra de los derechos masculinos» (Bonino, 2003: 114).

Este último grupo de hombres que tienden a acusar a estos avances de las mujeres de feminazismo u hembrismo han aumentado en número en los últimos años tanto en Europa como en EEUU. La acción por la cual el varón reivindica la masculinidad hegemónica será nombrada por Luis Bonino como *fundamentalismo masculino*. En él se pretenderá reforzar la jerarquización social que visualiza al varón «como padre-autoridad y proveedor, y el de la mujer como madre/ama de casa» entre otras revalorizaciones. (Bonino, 2003: 116)

A diferencia de este fundamentalismo masculino, Bonino hablará del surgimiento, ya a mediados de los setenta en los países anglosajones y escandinavos, de una serie de hombres que criticarían el modelo de masculinidad hegemónico. Este colectivo de hombres que, ya cuestionaban en su momento la construcción patriarcal del propio género, pertenecerían según Bonino al *movimiento antisexista o profeminista*. Aquí sería donde incluiría a los consiguientes grupos de hombres «profeministas» surgidos a mediados de los años noventa, quienes iniciarían la llamada crisis de la masculinidad y pasarían a plantear nuevas masculinidades. (Bonino, 2003: 117)

La razón que motivó al surgimiento de dichos grupos de hombres según Luis Bonino no fue el sentimiento de rechazo hacia lo relacionado con lo masculino, sino que estos explican toda una serie de propuestas que abordan la teoría de estos colectivos de hombres. Entre ellas cabe destacar que:

[...] rechazaban el modelo masculino dominante, el sometimiento acrítico al corporativismo viril y la homofobia, no se avergüenzan de la influencia de las mujeres en sus vidas y proponen el activismo social, la investigación académica y la formación de grupos de reflexión de varones para deconstruir el ideal de masculinidad tradicional y construir masculinidades alternativas, romper la complicidad masculina antisexista y practicar la igualdad con las mujeres. (Bonino, 2003: 117)

Como se puede prever, estos movimientos de hombres en favor de “nuevas masculinidades” están constituidos en su mayoría por varones de edad y clase media, quienes presentan un cierto interés por los estudios y los temas relacionados con las ciencias sociales o educativas. Cuestiones como acabar con la violencia de género, con los estereotipos de género o con la homofobia serán propuestas que tendrán en mente en sus reuniones. Estos han reflexionado en torno a las injusticias y sometimientos que sobre el género se han venido haciendo tanto en mujeres como en hombres.

Además de los *Men's groups* y el Centro de Estudios de la Condición Masculina dirigido por Bonino en Madrid, existen varios miembros de hombres que practican su movilización o bien por medio de asociaciones exclusivas de hombres o a través de grupos de mujeres y hombres en favor de la igualdad, conocidos como profeministas. Aquí pertenecerían organizaciones como: NOMAS en EEUU, Men for Change en Canadá, Les hommes barrès en Suiza, a Uomini contra la Violenza en Italia o a Cantera en Nicaragua. (Bonino, 2003: 118). En España también surgieron estos grupos de varones hará ya aproximadamente 20 años y son mayoritariamente visibles en Andalucía, Madrid y el País Vasco.

Ahora bien, Bonino resaltará que, en comparación con el resto de movimientos de hombres nombrados previamente, este colectivo que plantea la consolidación de nuevas masculinidades y, pese a su relevancia y esencialidad, es con diferencia el que menos miembros de adeptos reúne. Tanto él como varios teóricos especializados en estudios de género se cuestionan si realmente esta crisis de la masculinidad está yendo tan

deprisa como se espera o, por el contrario, consta de un proceso lento y con enormes factores a tener en cuenta en su transformación.

Respecto a esto, el psicoterapeuta Luis Bonino en «Los varones hacia la paridad en lo doméstico» (2011) dirá que, pese a los avances sociales logrados en los últimos años en materia de género, existe todavía una «silenciosa mayoría masculina» que, ni es consciente de los daños que la actual masculinidad hegemónica genera en los propios hombres, ni quiere que la masculinidad se vea privada de todos sus privilegios obtenidos a costa de la opresión sometida hacia el género femenino. (Bonino, 2011). Por ello, Bonino sostendrá que, para que se logre un cambio hacia una sociedad plenamente igualitaria y libre de convicciones, será necesario que, ya no solo las mujeres, sino que sobre todo los hombres sean quienes, como fuentes de opresión, tomen conciencia de los factores nocivos de la masculinidad tradicional y luchen por transformar los lazos que definen al género masculino.

Conclusión

Queda claramente demostrado como todavía hoy en día se conservan anclados en nuestra sociedad restos propios de un sistema patriarcal. Ante la consolidación de una masculinidad tradicional o hegemónica, encargada de afianzar un modelo de hombre dominante y opresivo, se suceden toda una serie de consecuencias que aparecen presentes en todos los ámbitos de la vida y que afectan tanto a hombres como a mujeres.

A todo esto cabe decir que, con la llegada del siglo veintiuno se puede observar un cambio en las gentes hacia un orden cada vez más justo. Los varones comienzan a entender lo que para el patriarcado significa ser hombre y lo que todo ello supone. Bajo esta óptica, ciertas movilizaciones de hombres empiezan a comprender que la masculinidad convencional, a la cual están sujetas, no es más que el fruto de una construcción cultural que puede ser en cualquier momento modificada o transformada.

Serán esta clase de hombres quienes, apoyados por los movimientos feministas, pondrán en cuestionamiento la hegemonía del poder masculino y lucharán por acabar con los roles que jerarquizan las relaciones de género, evitando que se consoliden sociedades cada vez más desiguales, homofóbicas y sexistas.

Estos hombres tomarán conciencia de que, al igual que las mujeres, ellos también son víctimas de este modelo de identidad masculina secundada por el patriarcado. Estos llamados “nuevos hombres” irán en contra del determinismo biológico y pretenderán transformar la masculinidad convencional hacia nuevos modelos o formas de ser hombre, sin tener que responder a ninguna distinción de género que jerarquice y cuestione su identidad o valía como hombre.

Propuestas como acabar con la separación de lo público y lo privado, con la división sexual del trabajo o la violencia serán las que llevarán a cabo estas nuevas masculinidades, que harán que vivamos en sociedades más libres e igualitarias. Pero, pese a que se están logrando pequeños cambios sociales, acabar con el constructo cultural que delimita a las sociedades no es una tarea fácil, pues el lastre de la masculinidad tradicional sigue siendo aún enorme. Para deconstruir esta masculinidad dominante será necesario una mayor concienciación y movilización, por parte de los

hombres, con el fin de arrancar de raíz los roles y prejuicios vinculados a cuestiones de género.

Referencias bibliográficas

AMORÓS, CELIA. (2006): *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias para las luchas de las mujeres*, Ediciones Cátedra, Madrid.

ALSINA, CRISTINA y BORRAS, LAURA. (2000): «Masculinidad y violencia» en SEGARRA, MARTA y CARABÍ, ÀNGELS. (2000): *Nuevas masculinidades*, Icaria editorial, Barcelona, 83-101.

ASTURIAS, LAURA E. (1997): «La construcción de la masculinidad y las relaciones de género» en LOMAS, CARLOS. (2004) *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*, Paidós, Barcelona, 65-78.

BADINTER, ELIZABETH. (1993): *XY, la identidad masculina*, Alianza Editorial, Madrid.

BEAUVOIR, SIMONE DE. (1998): *El Segundo Sexo*, Prólogo de Teresa López Pardina, trad. Alicia Martorell, Cátedra, Madrid.

BOIX REIG, JAVIER. (2012): «Prólogo». En: Martínez García, Elena (Coor): *La prevención y erradicación de la Violencia de Género, Un estudio Multidisciplinar y Forense*, Editorial Aranzadi, Pamplona.

BONINO, LUIS. (2003): «Los varones ante el problema de la igualdad con las mujeres» en LOMAS, CARLOS. (2004): *Los chicos también lloran*, Paidós, Barcelona.

BONINO, LUIS. (2003): «Los hombres y la igualdad con las mujeres» en LOMAS, CARLOS. (2003): *¿Todos los hombres son iguales?*, Paidós, Barcelona. 105-145.

BONINO, LUIS. (2000): «Varones, género y salud mental: deconstruyendo la «normalidad» masculina» en SEGARRA, MARTA y CARABÍ, ÀNGELS. (2000): *Nuevas masculinidades*, Icaria editorial, Barcelona, 41-64.

BONINO, LUIS. (2003): «Masculinidad hegemónica e identidad masculina» en *Dossiers Feministes*, 6, 7-36. Editada por el Seminario de Investigación Feminista de la Universitat Jaume I de Castellón, España.

BOSCÁN, LEAL, ANTONIO. (2008): «Las nuevas masculinidades positivas» en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Universidad del Zulia, Venezuela.

- BOURDIEU, PIERRE. (2000): *La dominación masculina*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- BURIN, MABEL y MELER, IRENE. (2000): *Varones: Género y subjetividad masculina*, Paidós Ibérica.
- CAMPOS, ÁLVARO y SALAS JOSÉ M. (2001): Ponencia: Masculinidades en el nuevo milenio, I Encuentro Centroamericano acerca de las masculinidades. Costa Rica: Recuperado de <http://www.institutowemcr.org>
- CALLIRGOS, JUAN CARLOS. (1996): «Sobre héroes y batallas. Los caminos de la identidad masculina» en LOMAS, CARLOS. (2003): *¿Todos los hombres son iguales?, Identidades masculinas y cambios sociales*, Paidós, Barcelona, 55-82.
- CARABÍ, ÀNGELS. (2000): «Construyendo nuevas masculinidades: una introducción» en SEGARRA, MARTA y CARABÍ, ÀNGELS. (2000): *Nuevas masculinidades*, Icaria editorial, Barcelona, 15-27.
- CARABÍ, À. Y ARMENGOL, J. (2008): *La masculinidad a debate*, Icaria, Barcelona.
- CAZÉS, DANIEL. (2004): «El feminismo y los hombres» en LOMAS, CARLOS. (2004): *Los chicos también lloran*, Paidós, México, 35-45.
- COLÓN, HÉCTOR. (2008): *Jean –Jacques Rousseau y su filosofía educativa: más allá de Emilio*, Universidad Interamericana de Puerto Rico, Documento en línea en <http://ponce.inter.edu/cai/Comite-investigacion/Rousseau-Filosofia-Educativa.html>
- CONNELL, ROBERT. (1995): «La organización social de la masculinidad» en LOMAS, CARLOS. (2003): *¿Todos los hombres son iguales?, Identidades masculinas y cambios sociales*, Paidós, Barcelona, 31-53.
- EHRlich, PAUL R. (2005): *Naturalezas humanas. Genes, cultura y la perspectiva humana*, FCE, México.
- EYSENCK, H, J Y KAMIN LEON. (1986): *La confrontación sobre la inteligencia. ¿Herencia – ambiente?*, Ediciones Pirámide, A.A., Madrid.
- GAMBA, SUSANA. (2008): «Feminismo: Historia y corrientes» en *Diccionario de estudios de Género y Feminismos*, Editorial Biblios.

JOCILES, MARÍA J. (2001): El estudio sobre las masculinidades. Panorámica general. Gaceta de Antropología nº17. 2001 art. 27. Recuperado de <http://dialnet.net>

KIMMEL, MICHAEL. (1997): «Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina», Publicado en Ediciones de la Mujer. Núm. 24, Isis Internacional. Traducción de Oriana Jiménez.

LOMAS, CARLOS. (2003): *¿Todos los hombres son iguales?, Identidades masculinas y cambios sociales*, Paidós, Barcelona.

LOMAS, CARLOS. (2004): *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*, Paidós, Barcelona.

LORENTE, ACOSTA, MIGUEL. (2009): *Los nuevos hombres nuevos: Como adaptarse a los tiempos de igualdad*, Destino.

MILLET, KATE. (1969): *Política Sexual*, Aguilar, México.

MONTESINOS, R. (2004): «Los cambios de la masculinidad como expresión de la transición social», en *El Cotidiano*, UAM. 20, 126.

MOSSE, G. (2000): *La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*, Talasa, Madrid.

OTEGUI, ROSARIO. (1999): «La construcción social de las masculinidades». Revista Política y Sociedad n! 32 (1999) pp. 151-160. Universidad Complutense de Madrid.

OLAVARRÍA, JOSÉ. (2004): «Modelos de masculinidad y desigualdades de género» en LOMAS, CARLOS. (2004): *Los chicos también lloran*, Paidós, Barcelona, 45-63.

PETIT, JORDI. (2011): «Tres décadas que alumbraron la liberación homosexual: Una visión internacional», Publicado en La Factoria: <http://www.revistalafactoria.eu/articulo.php?id=664>

SEGAL, LYNNE. (1990): *Slow motion. Changing masculinities. Changin Men*, New Brunswick, Rutgers.

SEGARRA, MARTA y CARABÍ, ÀNGELS. (2000): *Nuevas masculinidades*, Icaria editorial, Barcelona.

SEIDLER, J, VICTOR. (2003): «Transformando las masculinidades» en LOMAS, CARLOS. (2003): *¿Todos los hombres son iguales*, Paidós, Barcelona, 205-211.

SEIDLER, V. (2005): «Los hombres heterosexuales y su vida emocional», en *Debate Feminista*, vol. 11, pp. 78-111.

VALDÉS, TERESA y OLAVARRÍA, JOSÉ. (1998): «El imperialismo y el cuerpo de los hombres», en *Masculinidades y Equidad de género en América Latina*. Flacso/ Chile.